

EL  
INICIADO  
—  
CHRISTIAN  
JACQ



2<sup>a</sup>  
EDICIÓN

EL CAMINO DE LA SABIDURÍA

# EL INICIADO

---

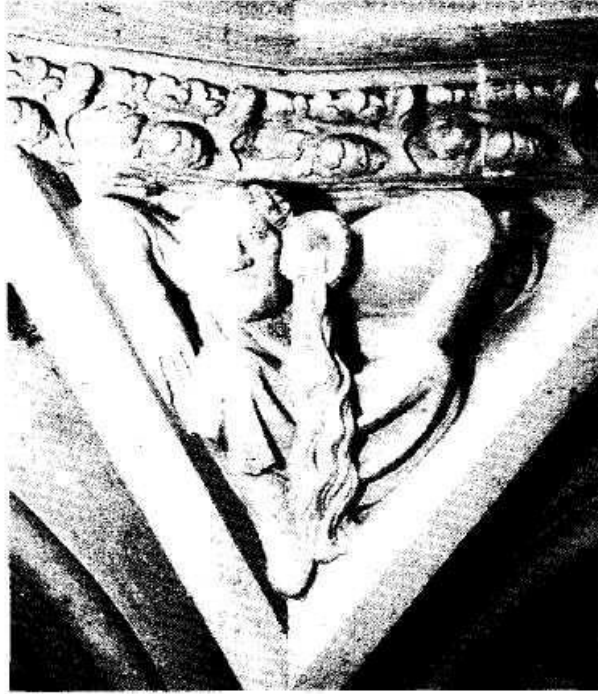
## CHRISTIAN JACQ

Las catedrales medievales guardan en sus piedras herméticos enigmas que hay que recorrer para alcanzar los diversos grados de la Sabiduría. En ellas se manifiestan las claves del poder divino y la esencia de la espiritualidad del hombre.

*El iniciado* recoge la tradición de Fulcanelli en *El misterio de las catedrales* y encuentra en los relieves románicos las claves del conocimiento que nos legaron quienes las construyeron. ¿Qué secretos se ocultan en estos antiguos templos? ¿Cuál es el camino hacia el conocimiento escrito en sus muros? Del árbol seco y la primera toma de conciencia, al árbol florido, a la comunidad de constructores.

Christian Jacq, egiptólogo y medievalista de gran prestigio, nos presenta su obra más profunda. Un viaje hacia la iniciación, que conduce a la sabiduría, a la plenitud y armonía que todo hombre busca en su interior y en el mundo que le rodea a través de los símbolos que duermen en una catedral del corazón de Europa.

## Del 27.º al 30.º grado



### *Los cuatro personajes del ánfora*

Delante de mí se presentaban cuatro personajes sosteniendo un ánfora, cada uno de ellos adoptando una actitud distinta. -¿De que serviría haber alcanzado el corazón de la iniciación -me dijo Fierre Deloeuvre-si no se irradiara hacia fuera la riqueza interior? Las esculturas nos ayudarán a sortear graves escollos. Observa al primer personaje.

-Adopta una actitud de descanso. Se apoya relajadamente en su brazo derecho y mira al vacío. El ánfora que sostiene, sin excesivo cuidado, sobre su hombro izquierdo, vierte un agua que se derrama al azar.

-Es la imagen de la transmisión despreocupada. El hombre se contenta con adquirir y se ríe de dar a compartir los tesoros del pensamiento que ha descubierto. Su propia despreocupación podría incluso hacer creer que no ha percibido lo esencial de su aventura y que ha pasado por delante de los símbolos sin verlos.

-¿No ha confundido iniciación con curiosidad?

-No ha reflexionado acerca del depósito precioso que contiene el vaso sagrado. Por eso no presta ninguna atención al flujo divino que por culpa suya, se derrama por todas partes.

-En mi opinión, la expresión que emplea para comunicarse con sus semejantes es una simple chachara muy alejada del Verbo creador. Es incapaz de dar coherencia a sus ideas y suelta una sarta de palabras a menudo inútiles.

-Comparable al servidor despreocupado de la palabra, el no hace fructificar el oro recibido. Peor aún, lo derrocha. Los símbolos pasan sobre él como por sobre una superficie impermeable. No penetran en su carne. Sin embargo, había recibido unos oídos para oír y unos ojos para ver. Este mal «aguador» pierde el sentido de lo sagrado, pues el ideal no transmitido se deseca y muere, arrastrando a la muerte al hombre despreocupado. ¿Cómo ves al segundo personaje?

-La mano derecha del segundo personaje le asegura un punto de apoyo, un sistema de referencias. Pero no se preocupa en absoluto del ánfora que sostiene por su base y cuya agua deja derramarse también al azar. Me parece menos despreocupado que el anterior. Acaso siente confusamente que está en posesión de algo importante sin ser capaz de identificarlo.



Transmisión de la letra -dijo Pierre Deloeuvre-. No habiendo captado la amplitud de los símbolos, el que transmite se contenta con sus formas exteriores. Su mirada perdida en la lejanía denota una falta de vigilancia. Al comunicar su experiencia, no utiliza más que frases hechas, repite en vez de recrear.

-¿Por qué no transmite más que la letra?

-Porque tiene un sistema de valores tija, un código que le es propio y del que no sabe liberarse. Para transmitir el espíritu, es preciso conocer la lengua de los pájaros, decir la palabra acertada en el momento adecuado en función de las posibilidades de cada interlocutor.

-¿No asume nuestro personaje una cierta responsabilidad? ¿No tiene el sentimiento del valor del símbolo y del rito?

-Sigue siendo incapaz de captar el porqué de los mismos. Se apega exclusivamente a la forma y no soporta que se modifique el menor aspecto de ella.

-Me parece que esto no es siempre inútil. Numerosas tradiciones incomprendidas en cuanto al fondo fueron así transmitidas hasta nuestra época. Aunque no eran comprendidas, se conservarían unos valores que están a la espera de ser resucitados.



-Tienes razón. Pero esta actitud se vuelve negativa cuando el iniciado se niega a ir más allá del límite material y prohíbe a los demás rebasar su propio punto de vista. Tarde o temprano, el hombre que no transmite más que la letra se vuelve sectario y traiciona cuanto tenía de más querido. ¿Qué piensas del tercer personaje?

-Lo encuentro doctoral, jupiterino. Tiene un control mayor del ánfora. Su mano, colocada sobre el cuello, asegura una mejor regulación del flujo. A pesar de esto, su mirada no se detiene sobre lo que están haciendo. Me parece en exceso preocupado por su propia persona.

-Es la transmisión sin humildad. Para este personaje, las palabras que salen de su boca son grandes verdades. No pone jamás en tela de juicio la idea que tiene de sí mismo. Impone sus interpretaciones sin tener en cuenta los deseos y las

posibilidades de cada cual. Considerándose único e irremplazable, considera que es el intérprete privilegiado del mensaje divino.

-¿No ha alcanzado una cierta sabiduría?

-Sus esfuerzos le han demostrado que era un ser superior y está convencido de haber encontrado el sentido definitivo de los símbolos. Por eso exhibe el ánfora, mostrando que es suya y que nadie se la arrebatará. Por desgracia, descuida su contenido. No tardará mucho en hundirse en la vanidad. He aquí que hemos llegado al cuarto personaje.

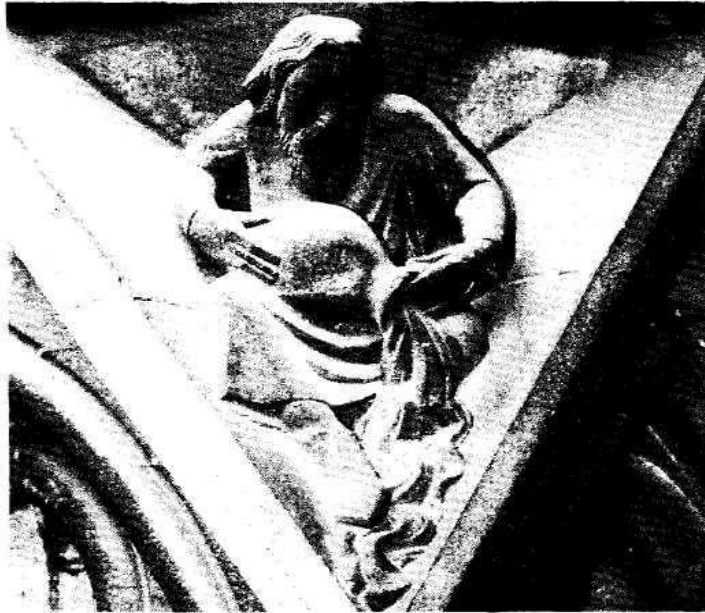
-Me parece atento, totalmente absorbido en su tarea. Sostiene firmemente el ánfora por su base y regula el caudal del agua. Su rostro expresa una absoluta serenidad.

-Simboliza la transmisión del espíritu. Sin descuidar ni la forma ni la letra, llega al corazón de cada cual. Respeta el momento favorable para la comunión de los pensamientos y tiene en cuenta la receptividad de sus Hermanos así como la de los demás hombres. Es por eso por lo que transmite la esencia de los símbolos, sin que se pierda ni un ápice de ella. Con cada uno habla el lenguaje que conviene, evitando herir, imponer sus concepciones personales, deformar las ideas esenciales. Aunque su humildad es profunda, no se trata de sumisión. «Vosotros, vivos que pobláis la tierra -dice-y cuantos vayan a nacer, venid, os guiaré por el camino de la vida. Navegaréis con viento favorable, sin ningún percance, y atracareis en el puerto de la ciudad de las generaciones Si escucháis mis palabras, veréis cuan útiles os son.»

-¿No crearon los antiguos una ciencia que se ocupa muy especialmente de la transmisión iniciática? Pienso en la retórica, que ostenta un nombre tan mal comprendido hoy.

-En su origen, el bien decir consistía, en efecto, en transmitir la comprensión de todas las cosas. En mi opinión, así fue como los constructores iniciados concibieron siempre su tarea. Algunos, dotados de un genio especial, lograban forjar obras maestras. Unos imagineros de inferior calidad conseguían, sin embargo, cumplir con su deber por medio de unas obras que no se dirían «bellas», pero que contenían no obstante lo esencial del mensaje. Nuestro gusto carece de importancia.

-Si el estilo de una obra está en armonía con un pensamiento iniciático ello da origen a una civilización. No me explico de otro modo la creación de las pirámides, de Luxor, de la ciudad prohibida de Pekín, de Chartres, pero ¿cada constructor tiene verdaderamente la posibilidad de revivir esta transmisión, venida del fondo de los tiempos?



El primer Maestro de Obras vio la totalidad de las cosas. Habiendo visto, comprendió. Habiendo comprendido, tuvo el poder de revelar y de mostrar. Las cosas que conoció las esculpió. Pero conocía a los hombres. Al labrarlas, las disimuló, optando por guardar silencio para que cada nueva generación de constructores tuviera que encontrarlas de nuevo en su corazón a través del mundo. Observa al hombre que transmite correctamente el espíritu: no te revela un secreto de forma convencional, un «truco», un secretillo; te da el sentido del secreto por antonomasia, la sonrisa resplandeciente del Conocimiento. A condición de que no traiciones la realeza del León que aguarda en el camino.